

No fue un repentino asalto ascético el que me llevó a despojarme de todos mis bienes a punto de cumplir los cuarenta y tres años. El vicio del juego es repudiable, admitámoslo. Admitamos también que ese calificativo no alcanza para extirparlo, más bien, muchas veces causa el efecto contrario.

Sin embargo, considero justo que se reconozcan las virtudes de un genuino jugador, la primera de las cuales es ser buen perdedor; lo que, traducido en pesos, significa afrontar las deudas ocasionadas por la pasión que se revuelca sobre los verdes tapetes. Jamás me hice el distraído a la hora de cumplir con mis obligaciones y tuve que ejercitar los más intrincados malabarismos para ir contentando a mis acreedores y a sus convincentes cobradores.

Perdí todo, ya lo dije. Quedé prácticamente con lo puesto, y tuve que emigrar, por si algo faltaba a mi falta de fortuna. Había oído que la Patagonia era toda una tierra de promisión, una suerte de sueño dorado californiano. No lo pensé con detenimiento, simplemente partí.

Me inicié como mozo en un bar de Cipolletti, donde aspiraba a recomenzar mi ascenso por medio de las cartas. Durante varios meses no hice otra cosa que servir mesas, cambiar manteles y tirar unos cuantos anzuelos que nadie estaba dispuesto a morder. El bar era bastante grande, cabían casi cien personas, ocupando hasta el último taburete. Finalmente conté con la complicidad del encargado de un recreo en la orilla del río. No desaproveché esa oportunidad, y allí instalamos, ignorándolo tanto su dueño como las autoridades, un selecto sitio nocturno donde reinaban los naipes, las faldas, el humo de nerviosos cigarrillos y el alcohol.

El encargado atendía las actividades ordinarias durante el día y, después de las dos de la madrugada y hasta las ocho, el sitio fue un improvisado pero simpático refugio de jugadores, muchos casi retirados hasta ese momento, otros, veloces aprendices sin temor a las derrotas, que abundaron particularmente para ellos.

Fue muy complejo el sistema de claves para asegurarnos un estricto secreto, incluyendo guardias estratégicamente apostados por turnos y munidos de eficaces linternas, que transmitían una señal convenida para apresurar retiradas bien ensayadas. Cipolletti no era lo que es hoy, claro está, y tan corto fue nuestro idilio como excesivas fueron las exigencias del comisario que ya había empezado a sospechar y que, lejos de intentar extinguir aquel fuego, procuró que le calentara un poco los bolsillos. Ese lugar fue convirtiéndose lentamente en un secreto celosamente mantenido por casi todos los habitantes del, por entonces, pequeño pueblo patagónico. Al juego se le fue-

ron incorporando otros servicios anexos que lograron engrasar las recaudaciones lo suficiente para poder obtener alguna jugosa ganancia regular, una vez que se cumplían con los pagos de rigor a las autoridades que se iban sumando en sus distintas jerarquías, llegando a escapar de nuestro control.

Allí la conocí. En esa nueva vida, armada con las viejas artimañas, ella vino a constituir una vertiente natural, fresca, luminosa. Ingresó al negocio vendiendo su entrepierna tres veces por semana, sobre un camastro armado con cajones de cerveza, disimulado tras unos tabiques de la misma madera. Su presencia congregaba la alegría, aun la de quienes perdían, a los cuales se les obsequiaba, como atención de la casa, media hora de resarcimiento a sus pesares.

Elvira, tal su nombre, no llegaba a los treinta años. Mantenía una belleza silvestre y desértica, a pesar de una historia plagada de durezas y sacrificios en las fincas de peras y manzanas. Cómo fue quedándose sola es algo que me contó más de una vez cuando ordenábamos juntos el lugar para recreo de las familias. A pesar de haber oído reiteradamente su historia, nunca pude retenerla, tan triste y complicada me resultaba. Muertes, errores, azares, esperanzas la fueron encaminando a su destino, que ella no vivía como particularmente trágico, a pesar de que el diez por ciento de su historia habría matado de desesperación al más pintado.

La marcha del salón de juegos fue exigiéndole mayor presencia, que ella amablemente correspondía sin la menor queja ni feriado. Llegó a decirse que no había en toda la región mujer más apasionada por ejercer bien tal oficio, y juro que no se equivocaban. Había asumido su lugar como una misión ineludible, y las pocas veces que la vi turbada en tres años fue porque dudaba de haber complacido a algún pobre diablo, defraudando expectativas.

Mi corazón fue apegándose a esta prístina criatura y fueron vanos mis esfuerzos por intentar aligerarle la labor: una tras otra, fui prescindiendo de postulantes porque no había quién no prefiriera esperar hasta dos o tres días con tal de solazarse en ella.

Elvira tenía el pelo negro, generalmente atado con un moño rosa detrás de la cabeza. Sus ojos oscuros plateaban ante el menor haz de luz. Sus facciones eran delicadas y su cuerpo exhibía formas generosas, apabullantemente esponjosas y receptivas. Sonreía casi siempre, naturalmente. Hablaba poco, excepto conmigo. Pero creo que su secreto consistía en lo mucho que sabía escuchar, absorbiendo con ternura, hasta la última gota, las amarguras y frustraciones que sembraban en ella los hombres de esas re-

giones, que sólo daban al que no mezquinaba sudor y paciencia. Hombres duros, pues.

Nunca la toqué, y no me arrepiento. Creo que el trato conmigo era tan singular que merecía una diferencia abismal en todo. Nadie la quiso como yo; nadie la poseyó con mayor pasión. Era como una flor que se entrega desde el tallo a quien no la sepulta en un florero. Así la adoré, la cuidé y le di mi más entrañable afecto. Me lo correspondió, a su modo. Mucho después supe que anidó siempre en ella la duda acerca de mi conducta. Llegó a pensar que no me gustaba, o que la despreciaba por su condición. Sufrió enormemente, cuando ya era tarde para aclarar las cosas. Sé que alguna vez, dondequiera que se encuentre, recordará los breves paseos por el río, a la noche, cuando alguna pausa nos regalaba un descanso para compartir. Sabrá sonreír si vuelven a su memoria los largos ratos lavando copas, pintando los postigones desvencijados, o reviviendo a algún cliente pasado de tragos. Nuestro adiós puede sonarle terrible a cualquier desprevenido que no sea capaz de intuir la secreta felicidad que nos daba la mutua compañía, las miradas cómplices, o los pequeños favores surgidos de un amor intensísimo.

Aquella noche no debió existir. Yo ya estaba prácticamente retirado del tapete, y me había estado convirtiendo en un simple anfitrión que disfrutaba de la posibilidad de dar un servicio en aquellos solitarios parajes. Pero, aquel otoño, llegó un viajero pedante perteneciente a una compañía petrolera que realizaba exploraciones del otro lado del río, en Neuquén. Uno tras uno fueron desplumados todos los lugareños durante una semana, en partidas de un póquer tan brillante como cruel.

Tuve la singular idea de vengar a todos mis amigos y parroquianos. Desafié al forastero tocando su amor propio tanto como pudo mi ingenio y allí nos vimos, sentados frente a la mesa verde, apostando fuerte. No fue mi noche, tuve buenas y malas, pero fui cayendo cada vez más hasta quedarme sin nada con que seguir. Me iba a declarar vencido cuando el hombre, un gringo que sabía qué tocar, dijo a modo de consuelo:

—Mi amigo, veo que no hay luna para usted esta velada.

—Luna hay —le dije, en un poético arranque— lo que no hay es culo.

El rubio se calzó el sombrero sobre su despeinada cabellera rala, se incorporó poniéndose un sacón de cuero, y dando un giro, juntó los tacos con ruido y levantó la mano en señal de despedida. Yo lo miraba con una mezcla de odio y admiración: ¿de dónde había salido este mequetrefe que halló petróleo en un recreo junto al río? Me puse de

pie y, como un caballero, le ofrecí mi mano, que estrechó con fuerza mientras decía:

—Ya habrá alguna oportunidad de desquite para ustedes. No faltará la revancha, no lo duden. Los felicito por su cordialidad y respeto, a pesar de... ejem... los resultados.

Todavía me persigue la sombra de las palabras que salieron de mi boca:

—Si nada lo apura, forastero, quisiera jugar una última mano, por todo lo que lleva usted ganado en estos días.

—Pero usted —dijo sorprendido— ¿tiene con qué seguir?

Allí estaba Elvira. La señalé con un movimiento de cabeza, ¿acaso no era mía?. Ella ni parpadeó, pero tampoco ofreció su infaltable sonrisa ante aquella apuesta.

—Si gana usted, se la lleva— y mientras sentía húmedos los ojos— créame que es una oferta generosa.

El gringo vaciló unos segundos, se deshizo del saco de cuero muy pausadamente, se sentó, y dijo con elegante tono, mirando hacia la mujer que apoyaba la espalda contra la pared recién encalada:

—Pondré en juego lo que llevo ganado y otro tanto más, como para honrar tamaña delicadeza en estos páramos.

Elvira siguió la partida con la mirada perdida, tratando de disimular el temblor de sus labios.

No hubo luna, perdí ante un pobre full de sietes y cuatros. Carecí de valor para levantar la mirada; no recuerdo voces ni lamentos. Sólo los pasos arrastrados de Elvira quien fielmente siguió andando su destino y cerró la puerta llevándose todo su perfume y mi esperanza.

Jamás volví a Cipolletti. Esto ocurrió hace más de veinte años, y ahora, cada vez que tengo naipes en mis manos, la toco, la beso, la acaricio, prolongando mi derrota, eternizando la despedida.